

# La educación literaria en la pubertad

por **Antonio Rodríguez Almodóvar\***

*Los proyectos de animación a la lectura dirigidos a adolescentes han constituido, en su mayoría, «hermosos fracasos», en palabras de A.R. Almodóvar.*

*Las causas de ello, apuntadas en este artículo por el conocido escritor, son variadas.*

*En primer lugar, no se han sabido crear estrategias para aprovechar la familiaridad de los jóvenes con otros lenguajes (audiovisual, publicitario, etc.) y ponerla en contacto, en el momento oportuno, con la lectura.*

*Y, luego, tampoco se ha atinado a ofrecerles lecturas iniciáticas, libros cuyo tema principal es el tránsito por la adolescencia, y que los educadores siempre tienen miedo de recomendar por si es demasiado pronto.*



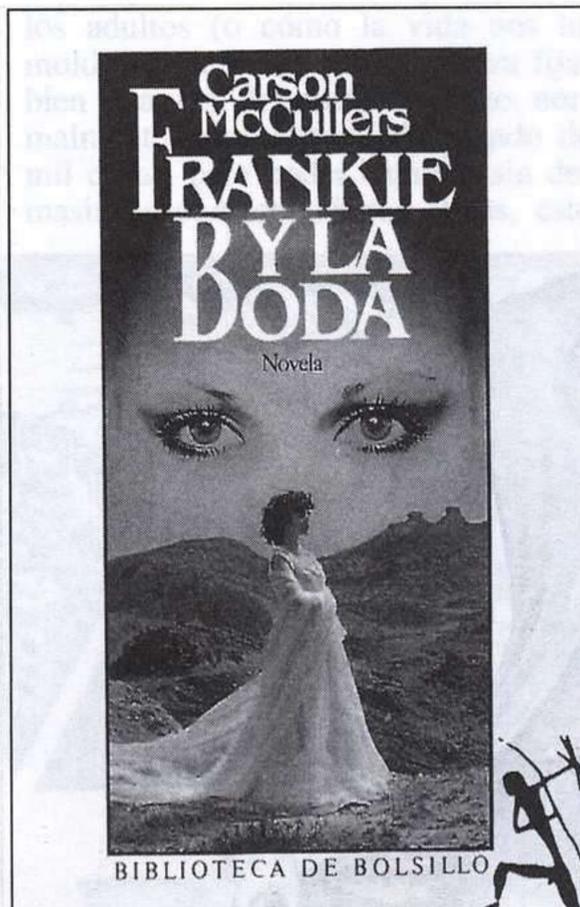
S.G. HULME BEAMAN, DR. JEKYL Y MR. HYDE, MADRID: ANAYA, 1991.

Quizá parezca exageración, pero creo que los proyectos de animación a la lectura destinados a adolescentes pueden considerarse, a estas alturas, una historia de hermosos fracasos. Frente a los éxitos, siquiera relativos, de las campañas y de los esfuerzos de toda índole destinados a fomentar la lectura infantil, destaca el pavoroso vacío en que normalmente se pierden los dirigidos a la adolescencia y a la juventud en todos sus tramos. Especialmente difícil y delicado me parece el primero, el de la pubertad, pues es ahí donde a menudo se rompe para siempre el vínculo con la lectura.

También me parece cierto que el momento histórico que atravesamos constituye una de las últimas oportunidades con que quizá contemos para remediar esta situación, si es que estamos de acuerdo en que hay algo que remediar. (Parto de la convicción de que el placer de la lectura, y todo lo que hay detrás de ello, resulta un buen acompañante en las variadas crisis de la adolescencia.) El principal ingrediente de esa oportunidad lo constituye el cambio que se está produciendo en el sistema educativo en torno a esas edades, con la posibilidad de sustituir, de una vez por todas, la *información* literaria de los antiguos planes de estudio por la *educación* literaria que, a mi juicio, puede y debe producirse. Sin esto, se volverá mucho más difícil cualquier intento de interesar a nuestros cadetes en la aventura de leer.

### El caos semiótico

Me interesa señalar enseguida que en esa educación literaria no sólo deben intervenir los textos verbales creativos, sino los orales, los audiovisuales y todos los demás sistemas significativos que componen la vida semiótica de nuestros muchachos. Curiosamente, se trata del mismo revoltillo que Morris señaló tempranamente como *acoso de signos*, el que a su juicio constituía una de las mayores amenazas para el hombre moderno. Sé que con lo que voy a decir a con-



tinuación ya será más difícil estar tan de acuerdo, pero creo que nuestros adolescentes han aprendido a librar muy bien el combate con ese maremágnum —publicidad y televisión, principalmente—, sin que nadie les haya enseñado cómo hacerlo. (Otro fracaso de nuestra querida escuela.)

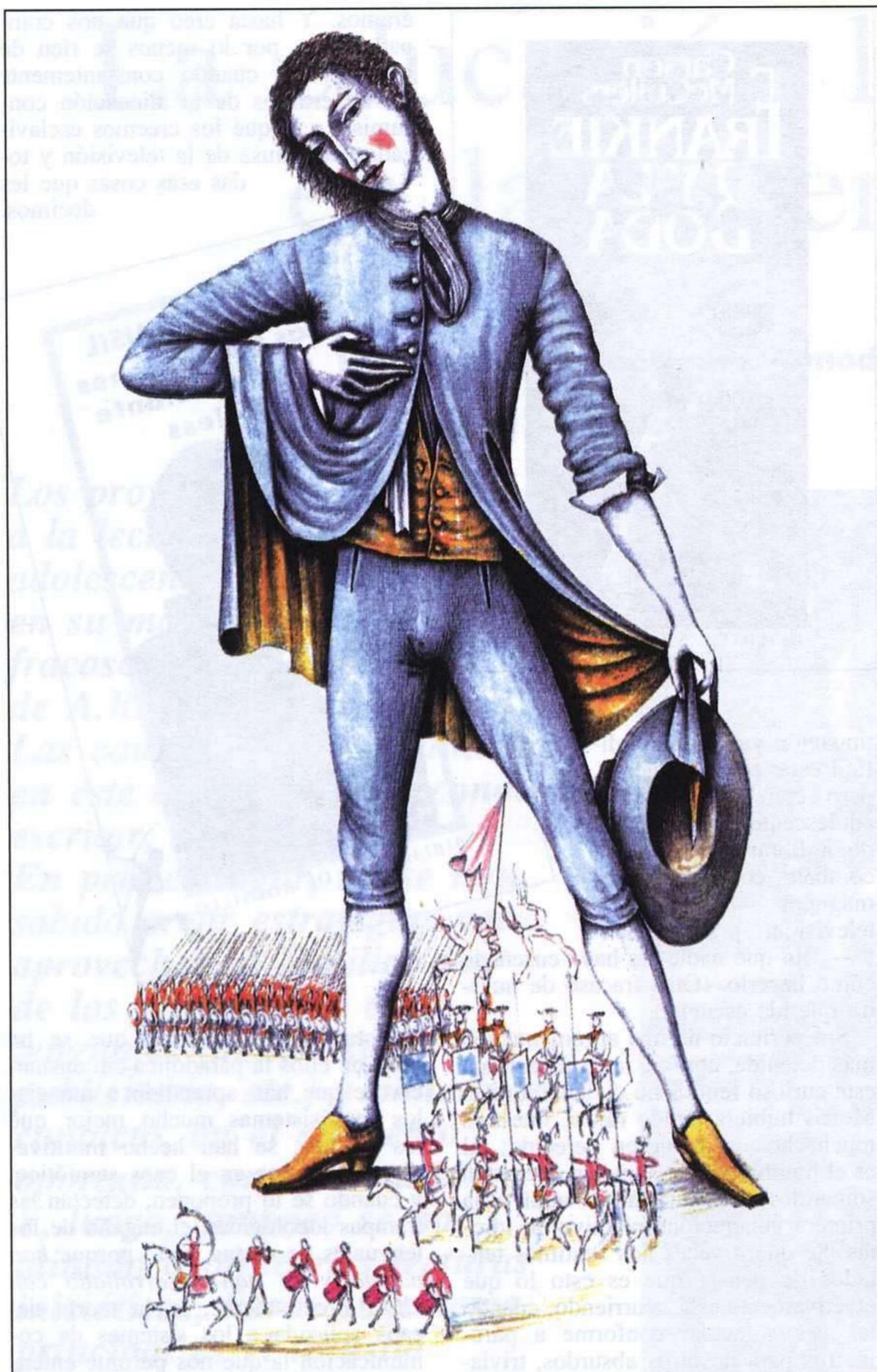
Sin perjuicio de una argumentación más detenida, apuraré la explicación a este curioso fenómeno diciendo que si Morris hubiera tenido razón, nuestros muchachos ya hubiesen perecido; tal es el bombardeo de signos a que están sometidos. Ya tendríamos aquí a la primera generación colectiva de idiotas. Sé que a veces nos sentimos tentados de pensar que es esto lo que efectivamente está ocurriendo, cuando les vemos actuar conforme a parámetros para nosotros absurdos, triviales o incluso inadmisibles. Pero seamos sensatos, aunque nos cueste: nuestros muchachos no están locos. Son, sencillamente, distintos de nosotros en algunas cosas. En otras, son tan tiernos y frágiles como nosotros lo

éramos. Y hasta creo que nos compadecen, o por lo menos se ríen de los mayores cuando constantemente les advertimos de la alienación consumista a la que los creemos esclavizados por causa de la televisión y todas esas cosas que les decimos.



Hora es de reconocer que se ha dado en ellos la paradójica circunstancia de que han aprendido a manejar los multisistemas mucho mejor que los adultos, se han hecho intuitivamente expertos en el caos semiótico, y cuando se lo proponen, detectan las trampas ideológicas, el engaño de los lenguajes de masas, justo porque *han nacido y se han desarrollado con ellos*. Precisamente, es la teoría del caos aplicada a los sistemas de comunicación la que nos permite entender este curioso fenómeno, sobre la base de dos principios: uno, el que asegura que cuanto más caótico es un sistema más información produce; y, dos, que cuanto más aleatorio o caótico es un mensaje, más información

EN TEORÍA



También saben distinguir un buen programa de televisión de otro malo, aunque a nosotros nos irrite la capacidad que tienen de aguantar la basura que sale por la pequeña pantalla. Lo mismo que reconocen a los políticos mentirosos, o se ríen de la publicidad. Lo malo es el vacío que todo eso les produce, y lo problemático, cómo ocuparlo. Pero ése es otro asunto. En lo que a nosotros nos atañe hoy, podemos decir que, si no leen, es sencillamente porque no quieren.

Tal vez suene un poco osado todo esto que estoy diciendo, pues significa ni más ni menos que la familiaridad de nuestros púberes con la saturación, la equivocidad, y la multiplicidad del sentido en su trato diario con los audiovisuales, sobre todo con la publicidad, constituyen una preparación nada desdeñable para el descubrimiento de la poesía, que es, como bien sabemos, el arte de la ambigüedad por excelencia. Lo que hace falta es encontrar la estrategia adecuada para que ese adiestramiento, que se produce normalmente fuera de nuestro control, sepamos ponerlo en contacto, en el momento oportuno, con el arte de la escritura y de la lectura. Que cuando *se enganchen* con una buena película, por poner un ejemplo, tengan a mano la novela de la que salió el guión (un supuesto más frecuente de lo que parece). En definitiva, aprovechar lo que tiene de útil el principio semiótico de que todos los lenguajes se tocan por arriba y se separan por abajo; es decir, se acercan cuando están bien desarrollados, ejecutados, y se alejan cuando caen en la mediocridad. Dicho un poco crudamente y en sentido contrario: también los malos libros son enemigos de la buena televisión.

FRANCISCO MELÉNDEZ, LOS VIAJES DE GULIVER, MADRID: SM, 1988.

## Fracaso de las estrategias de animación

Pasaré ahora a ocuparme de otras vertientes, más bien psicológicas y sociológicas, relativas al fracaso de las estrategias de animación a la lectura para los muy jóvenes, y a proponer algunas ideas con las que acaso ir an-

contiene. Tanto uno como el otro actúan sobre los jóvenes, haciéndoles abandonar el canal cuando existe peligro de saturación, y distinguir perfectamente los ruidos del mensaje,

precisamente por el exceso de ruido que hay a su alrededor. La misma facultad que les hace entenderse en la discoteca es la que aplican para seleccionar los mensajes.

dando nuevos caminos. Partiré de la premisa de que los adultos no queremos admitir cómo es verdaderamente la adolescencia; lo mismo que ellos, los adolescentes no admiten así como así la extraña manera en que somos

los adultos (o cómo la vida nos ha moldeado para ser así). Quisiera fijar bien esta idea del mutuo rechazo, normalmente encubierto o disfrazado de mil cosas, para poder caminar sin demasiadas consideraciones éticas, esto

es, sin tener que señalar forzosamente a un culpable.

Espero que así resulte más fácil admitir la segunda premisa: cuando los adultos finalmente admitimos que son adolescentes, lo normal es que ya hayan dejado de serlo. Han dado un salto tan rápido hacia mayores, que no nos damos cuenta. Consciente o inconscientemente, se nos han escapado. En el supuesto de que algunos sigan leyendo, continuarán por inercia, o por simple contagio de otros adolescentes, leyendo libros de aventuras, de ciencia-ficción, de fantasía total o de misterio, los cuatro bloques en que se pueden clasificar esas aficiones incontroladas (para el sistema educativo, se entiende). Pero a un pequeño grupo, también incontrolado, lo encontraremos bruscamente en brazos de Nabokov, de Isabel Allende, o de Herman Hesse, es decir, sumergidos en esa excitante pasta de espiritualidad temprana, conflictos eróticos y balbuciente rebeldía nihilista, eso sí, con una excelente impregnación poética. Han encontrado algo que nosotros no supimos poner a su alcance en el momento justo. Pero, ¿por qué ocurre tal cosa?

La respuesta puede que esté en algo que piensa precisamente un personaje del último autor citado, Demian, de la novela del mismo título:

«El descubrimiento de que mi problema era el de todos los seres humanos, un problema de toda la vida y de todo pensamiento, se cernió de pronto sobre mí como una sombra divina, y me llenó de temor y respeto al ver y sentir que mi vida y mis pensamientos más íntimos y personales participaban en la eterna corriente del pensamiento humano. El descubrimiento no fue alegre, aunque sí alentador y reconfortante. Era duro y áspero, porque encerraba en sí responsabilidad, soledad y despedida definitiva de la infancia.»

Textos de similar contenido encontraremos en otros libros cuyo asunto principal es el tránsito por la edad más difícil del hombre: la adolescencia. Lo curioso, lo sorprendente, es que tales libros no suelen figurar en las listas de libros *recomendados* para ellos. A título de ejemplo, además de los ya sugeridos, podríamos señalar el



ROSWITHA QUADFLIEG, LA HISTORIA INTERMINABLE, BARCELONA: ALFAGUARA/GRUP PROMOTOR, 1988.

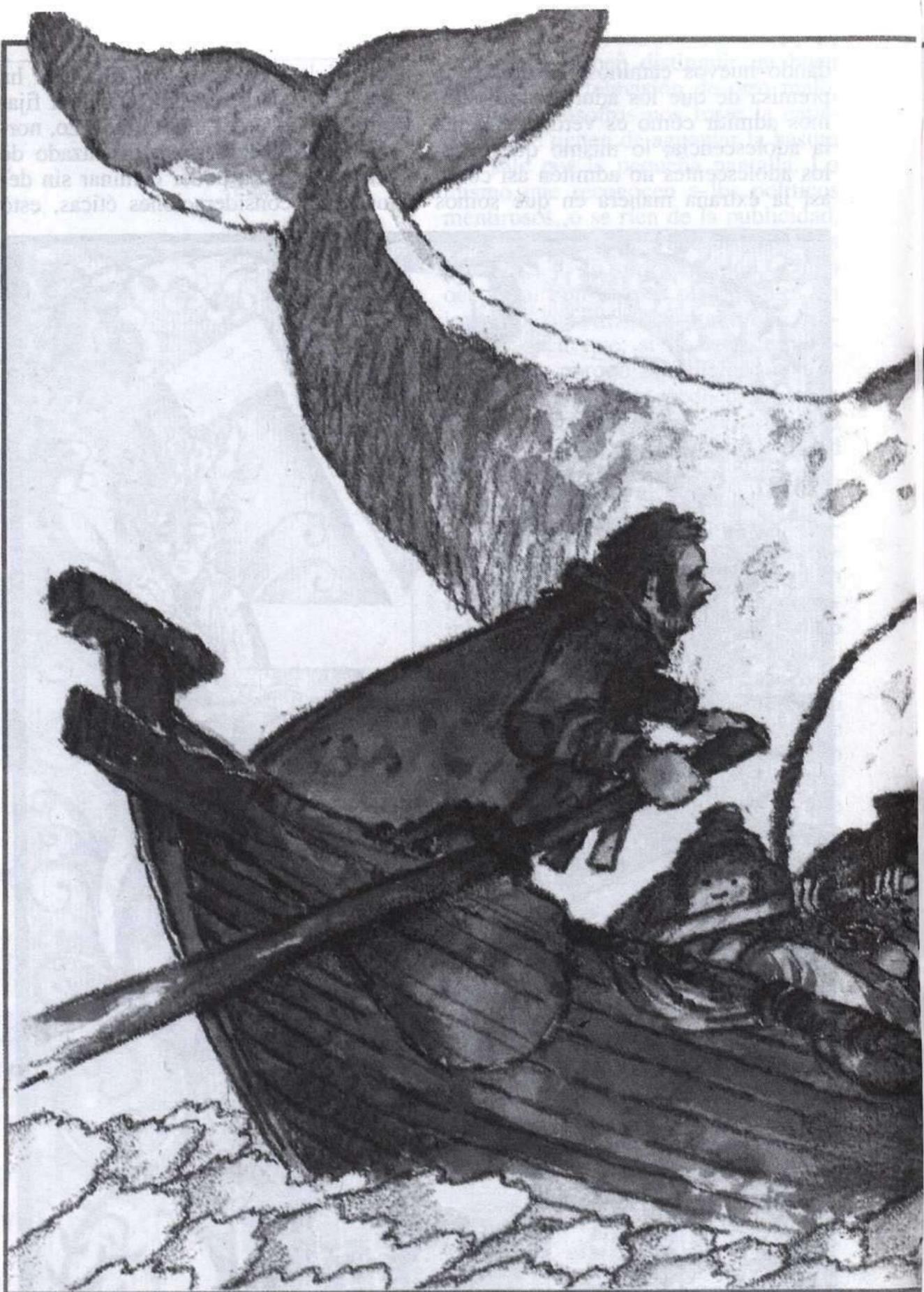
*Diario del artista adolescente*, de Joyce; la *Carta al padre*, de Kafka; *Las tribulaciones del estudiante Törles*, de R. Musil; el *Diario*, de Ana Frank; *El guardián entre el centeno*, de Salinger; *A.M.D.G.*, de Pérez de Ayala; *La ciudad y los perros*, de Vargas Llosa; *Frankie y la boda*, de Carson McCullers; o *Primer Amor*, de Turgueniev.

Existe un complejo temor, entre las instituciones y los profesores, a que tales libros lleguen quizá demasiado pronto a los que han sido siempre sus destinatarios naturales: los adolescentes; entendiendo por tales a los chicos y chicas que andan, o más bien renquean, por las resbaladizas fronteras que les aguardan entre la edad de oro de la infancia y la edad de hierro de las complicaciones; del drama terrible que significa, en fin, el paso por los senderos de la iniciación. Iniciación a la responsabilidad y a la ética, al sexo y al amor, a la soledad y a la solidaridad... Nadie ha estado nunca tan desvalido como cualquiera de nosotros en semejante infierno, y encima, para acabar descubriendo, como Sinclair, que no nos ocurre nada original, o como podríamos decir con Machado, que «mi pensamiento es más bien nuestro».

## Libros para una encrucijada

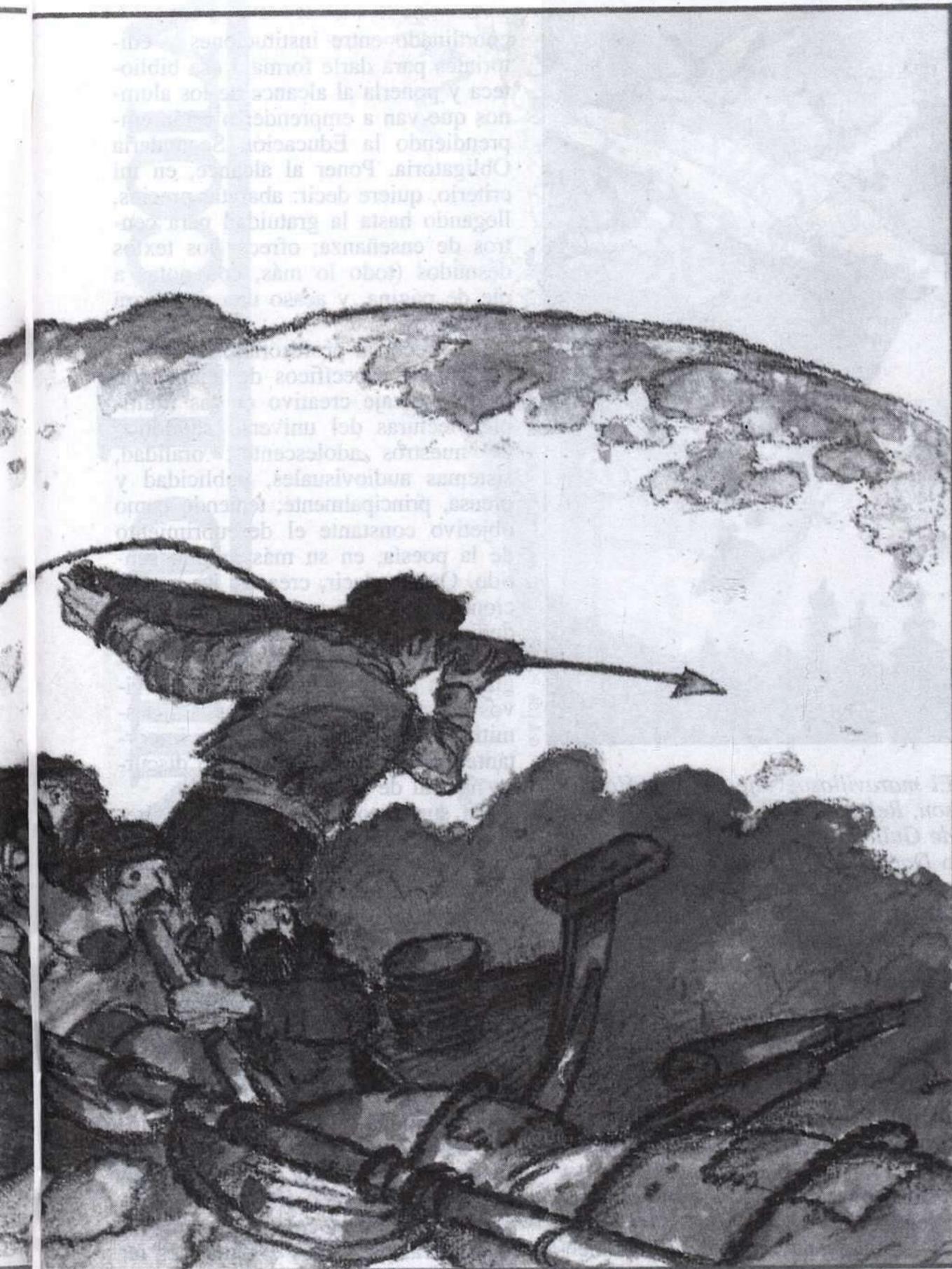
Lo que nos sucede a los padres y a los educadores con semejantes libros, a la hora de recomendarlos o no, es que, como en tantas cosas, no acabamos de creernos la edad mental que realmente tienen esos chicos y chicas. Como padres, porque nos negamos a aceptar que hayan dejado de ser niños. Como educadores, tal vez porque nos da miedo ponerles por delante el espejo de lo que son, antes de que terminen de serlo. Lo malo es que, más tarde, puede que ya no les sirva para lo que debió servirles: para tomar conciencia de su problema y, con la ayuda del modelo, poder superarlo con el menor traumatismo posible.

Otros factores intervienen en esta rara mezcla de paternalismo y reserva con que normalmente los adultos enfocamos los problemas de la pubertad



y de la primera juventud. No es nada desdeñable, por ejemplo, el miedo a desnudarnos a nosotros mismos en su presencia, si entablamos con ellos una confianza demasiado estrecha acerca de los problemas que les afligen, porque en realidad éstos son los problemas fundamentales de la condición

humana, y como tales, nunca resueltos del todo. Nos sentiremos más seguros haciéndoles creer que nosotros sí los hemos superado, pero les estaremos mintiendo. En suma, la sinceridad que exige el trato con los adolescentes nos obligará en un momento dado a ser consecuentes, asumiendo los riesgos



ÁNGEL ESTEBAN, MOBY DICK, MADRID: SM, 1993.

personales que ello implica, o a abandonar tan peligroso camino. También si lo dudamos mucho tiempo, cuando queramos reaccionar, nuestros chicos y chicas ya se habrán convertido en hombres y mujeres, y habremos perdido la última ocasión de que lo hicieran con nuestra amistad. En el duro

trance, algunos habrán leído a escondidas *La casa de los espíritus*, *Lolita* o *El lobo estepario*, libros que no nos atrevimos a darles; pero otros ya no los leerán nunca. Pero ni éstos, ni probablemente ningún otro.

Lo relevante de esa clase de libros es que interesan *per se* a los adoles-

centes, aunque no a todos. (Esta matización me parece importante también; pues la ambición de totalidad en un fenómeno de estas características puede conducir a frustraciones innecesarias. Dicho de otra manera: no es ni necesario ni posible que *todos* los adolescentes se aficionen a la lectura.) Que no hay que adobarlos ni envolverlos en celofán. En todo caso, instrumentar algunas ayudas para la lectura comprensiva, pero fuera de todo didactismo. Lo más, una llamada a pie de página sobre términos y conceptos de difícil entendimiento. Fuera también las muletas historicistas, biográficas, estilísticas. Todo eso vendrá luego, si ha de venir, en ampliaciones que surjan del debate con el libro, en esa especie de *club literario* que acabaría funcionando en torno a los que me atrevo a llamar *libros para una encrucijada*.

En ese club, naturalmente, deberían tomar parte activa los profesores, o los padres (recordemos la película *El club de los poetas muertos*), quiero decir, con algo más que con la presencia: con su *complicidad*, de igual a igual, como afectados que son también por los problemas esenciales del ser humano.

Lo bueno que tienen los libros de esa índole es que facilitan extraordinariamente la comunicación entre profesores y alumnos, siempre y cuando los primeros estén dispuestos a despojarse de una buena cantidad de prejuicios que pesan sobre lo *difícil*, lo *peligroso*, lo *prematureo*, y cosas por el estilo, cosas que nos acarrea todavía aquella pedagogía pasiva, y cobarde, de tiempos atrás.

### Derecho a la fantasía

Pero también nos equivocariamos si creyéramos que lo personal problemático es lo único que interesa a los adolescentes. También lo esquivan. Y es natural, pues no todo el día va a estar uno mirándose en el espejo descorazonador de la angustia. El neófito arrastra, o aporta, una buena dosis de infantilismo y fantasía a esa misma encrucijada, para que no le sean tan



G & LGE. EL MARAVILLOSO VIAJE DEL PEQUEÑO NILS, MADRID: GAVIOTA, 1989.

duros los trompazos que ha de darse. La verdad es que muchos adolescentes de nuestros días siguen aferrados a la literatura del *trompazo* imaginario y de la fantasía desbordada, como formas de evadirse de sí mismos. Pero qué le vamos a hacer. También están en su derecho de pasarlo bien con esa clase de ficciones, y de postergar el mayor tiempo posible el encuentro con la realidad problemática. Lo adecuado sería hacerles ver, de vez en cuando, que existe aquella otra clase de libros, que podríamos denominar también *libros iniciáticos*.

Quiere esto decir que la lectura de libros convencionalmente fantásticos, de aventuras, de misterio y de ciencia-ficción, también les es necesaria en disputa libre con los anteriores (¡cuidado con los dirigismos de ningún tipo!). Razón de más es que muchos de aquellos libros contienen más miga que otros pretendidamente *sustanciosos*. Pongamos por caso *Moby Dick*, *La historia interminable*, *El señor de los anillos*, las *Narraciones Extraordinarias*, o *La llamada de lo salvaje*,

*El maravilloso viaje de Nils Holgerson*, *Rebelión en la granja*, *Los viajes de Gulliver*, *La guerra de los mundos* o *Doctor Jekyll y Mr. Hyde*. Pero eso sí, con la garantía de la buena literatura, que se presupone a todo lo que estamos tratando, y que es el verdadero y el único hilo que conduce de *Peter Pan* a *Un mundo feliz*, de *Alicia a Lolita*, de *Pinocho* a *Las tribulaciones del estudiante Törless*.

### Apuntes para una educación literaria en la adolescencia

En consecuencia, y para ir resumiendo:

—Existe una biblioteca fundamental para la adolescencia que nadie ha constituido todavía, pero que se halla dispersa y, en bastantes casos, inasequible. En esa biblioteca se incluyen imaginariamente muchos títulos que muchas veces pensamos no son adecuados para ellos, cuando en realidad a causa de ellos fueron escritos.

—Debería hacerse un esfuerzo

coordinado entre instituciones y editoriales para darle forma a esa biblioteca y ponerla al alcance de los alumnos que van a emprender o están emprendiendo la Educación Secundaria Obligatoria. Poner al alcance, en mi criterio, quiere decir: abaratar precios, llegando hasta la gratuidad para centros de enseñanza; ofrecer los textos desnudos (todo lo más, con notas a pie de página, y acaso una guía para profesores).

—Ofrecer al profesorado de Reforma cursos específicos de adaptación al aprendizaje creativo en las múltiples lecturas del universo semiótico de nuestros adolescentes: oralidad, sistemas audiovisuales, publicidad y prensa, principalmente; teniendo como objetivo constante el descubrimiento de la poesía, en su más amplio sentido. Quiero decir, creando las condiciones adecuadas para que pueda producirse el luminoso hallazgo.

—Hacer compatibles estas estrategias con la presencia de escritores vivos en centros y bibliotecas. La desmitificación del autor es parte importante en la construcción de un discurso natural de la literatura.

En suma, tomar la educación literaria como un verdadero código intercambiador de sistemas, en un mundo acosado por la significación aleatoria; esto es, como un referente continuo al que reducir todos los demás lenguajes abusivos y desmotivadores. Vista de este modo, la educación literaria puede constituirse en el más firme baluarte de la libertad, la solidaridad y la inteligencia creadora. Siempre habíamos sabido que esto era así. Pero la complejidad y la turbulencia semiótica de nuestro mundo, el mundo de nuestros muchachos, nos ha proporcionado nuevos y deslumbrantes motivos para volver a creerlo. Aunque no lo parezca, para ellos el futuro es un arma cargada de poesía. ■

\* Antonio Rodríguez Almodóvar es escritor.

Texto de la conferencia dictada por el autor en el Simposio Nacional de Literatura Infantil y Lectura de Salamanca, organizado por la FGSR en diciembre de 1994.